



Educación en el espíritu de San Ignacio

Peter Hans Kolvenbach*

HACE ya más de cuatro siglos que en lugares muy diversos del mundo viene funcionando toda una red de universidades y de centros superiores, de liceos, de colegios y escuelas que, en su desconcertante diversidad, se remiten a un proyecto educativo de la Compañía de Jesús o, en términos más modernos, a las características de la educación ignaciana. Hoy fácilmente habrá alrededor de dos mil instituciones que se ven reflejadas en ese mapa, ignaciano más bien que jesuítico, para subrayar así que una institución puede asumir libremente estas orientaciones ignacianas sin que para ello sea necesaria en esa institución la presencia física de un jesuita.

Esta referencia a San Ignacio no apunta a un sistema del tipo Montessori o Faure, sino que remite a un patrimonio formado por una experiencia de varios siglos y a una visión de futuro: un conjunto coherente de directrices y consejos que nacen unas veces del sentido común, otras de una convicción

* Superior General de la Compañía de Jesús. Roma.

que brota de la fe cristiana, o de la evaluación de una dilatada experiencia de enseñanza o de exigencias de cara al futuro. Varios de los rasgos de este conjunto ignaciano no tienen nada de original y los encontramos en la mayor parte de los diversos sistemas pedagógicos. Con todo la combinación de todos estos aspectos educativos tiene algo de específico, tanto más cuanto que viene funcionando desde 1548 y ha dejado su marca en gran número de culturas y de civilizaciones.

En los orígenes de este sistema educativo no nos encontramos con un teórico genial, un visionario creador o un educador con larga experiencia, sino con la aventura espiritual de un vasco, Ignacio de Loyola, a los comienzos del siglo XVI. Según sus propias afirmaciones, se dejó educar por Dios y experimentaba el deseo de compartir esta educación, esencialmente espiritual —en los comienzos nada escolar— con aquellos que, también como él, iban buscando un encuentro personal con Dios. Para facilitar esta posibilidad de compartir una experiencia en la que el educador es el propio Dios, Ignacio la confió a un opúsculo de un centenar de páginas de tamaño muy reducido, los *Ejercicios Espirituales*. Este librito ha conocido un éxito fulgurante, nunca desmentido: hoy día hay más de 4.500 ediciones en decenas de lenguas.

Los Ejercicios Espirituales

ESTE librito tiene como característica particular que no está hecho para una lectura seguida. No tiene nada que ver con un manual de pedagogía o un tratado de didáctica. Quiere ser un dossier funcional, un conjunto operativo, formado por una serie de documentos que pertenecen a géneros literarios muy diversos, pero todos con una misma finalidad precisa: proponer en concreto un camino que llevará a aquel que hace estos Ejercicios Espirituales a dejarse educar por el Señor, a discernir el sentido de su vida, su destino aquí abajo a la luz de lo que nos espera en el más allá, y a sacar por tanto las consecuencias de este descubrimiento, tomando las opciones y decisiones que brotan de todo esto.

En este camino no faltan educadores, comenzando por el propio Ignacio, que de forma sobria y breve, ponen a disposición su experiencia personal de Dios, reconociendo que no se trata de copiarla sin más, sino que cada uno debe hacerla suya propia en función de su personalidad. Está el así llamado director: no es un juez ni un gurú. Utiliza a su manera el material ofrecido

por Ignacio y lo adapta a las necesidades del que hace los Ejercicios Espirituales, desempeñando en el proceso educativo el papel de un intermediario: debe a la vez iniciar y motivar, sabiendo retirarse ante Aquel que, a fin de cuentas, será el verdadero educador, es decir, el propio Dios. Para decirlo con palabras de un gran conocedor de esta materia: el director enseña al que hace los ejercicios a comenzar la frase de tal modo que sea Dios quien la termine para el propio bien de aquel que se deja educar.

Este librito de los *Ejercicios Espirituales* contiene inevitablemente un número importante de elementos que son materiales para la construcción de una práctica educadora. El librito vehicula una inspiración que anima un proyecto educativo. Así Ignacio y sus primeros compañeros, que soñaban con misionar los cuatro rincones del mundo y que incluso rehusaban, como algo contrario a su modo de pensar, una labor escolar o académica, estaban animados por una corriente educadora. De una edad relativamente avanzada (33 años) Ignacio, como resultado de sus numerosos encuentros por los caminos de Europa y Oriente Medio, cayó en la cuenta de que el mero compartir una experiencia de Dios no daría fruto en una época compleja y sofisticada y que, para ayudar a los demás, necesitaba una cierta dosis de profesionalismo y de competencia educativa. El educador no puede dar lo que él mismo no ha querido recibir.

La fundación de colegios

SI, no con excesivo entusiasmo, Ignacio consigue un doctorado en artes por la Universidad de París, lo hace sobre todo para emplearlo en el vasto dominio de lo que hoy día llamamos educación informal. El deseo de formar cristianamente a las personas que el Señor ponía en su camino no implicaba desde luego la fundación de colegios que harán después a los jesuitas famosos por ese tramo de enseñanza situado entre la enseñanza primaria y la superior. Hasta tal punto que todavía hoy hay personas que difícilmente pueden imaginar que un jesuita viva fuera de un colegio, que, por así decirlo, les parece su medio natural.

Sin embargo hay que rendirse a la evidencia: estos peregrinos apasionados de ningún modo se veían inmovilizados detrás del pupitre de una clase. No fue un impulso educativo sino motivos muy pragmáticos, y en parte interesados, los que, hacia 1548, llevaron a los primeros jesuitas a la decisión de fundar colegios. Al no encontrar en el mundo universitario la acogida que

esperaba, Ignacio se vio como forzado a tomar en las propias manos la formación de muchos jóvenes que deseaban unirse a las filas de la joven Compañía de Jesús. Fundado en un principio para los “nuestros” el colegio quedará muy pronto abierto a todos cuantos deseen una educación de calidad. Cuando Ignacio muere, en 1556, los colegios se contaban ya por decenas y, mucho más importante, la Compañía reconocía en ellos un instrumento de primer orden para la evangelización y la cultura humana de una juventud llamada a hacer frente a la Reforma y al Renacimiento. En 1773, cuando la Compañía fue suprimida por espacio de casi medio siglo, será necesario cerrar más de 900 colegios. Hoy mismo, a pesar de las dificultades de todo tipo, la red de colegios se encuentra en expansión, sobre todo en África y en Europa del Este.

En todas estas instituciones el personal jesuita y poco a poco también el personal no jesuita van quedando impregnado por el espíritu de dinamismo educativo de los *Ejercicios Espirituales* practicados ahora cada año. Nada tiene de extraño que, de forma espontánea e intuitiva más que sistemática y deliberada, las grandes líneas de la pedagogía del opúsculo de Ignacio hayan comenzado a configurar el sistema de educación propuesto en nuestros colegios. Al comienzo, los jesuitas se confiaban al sistema que los primeros compañeros habían conocido en París, el *modus parisiensis*. Pero a medida que fueron teniendo experiencias en diversos continentes, y después de cambiar impresiones sobre los aciertos y fracasos, los jesuitas elaboraron en 1586, 1591 y 1599 verdaderos manifiestos de una pedagogía ‘reformada’, la *ratio studiorum*, «organización de estudios».

La organización de los estudios

COMO resultado del análisis y de la evaluación de las prácticas escolares de aquel siglo, la *ratio* no es la fijación de un programa de estudios ni tampoco la definición de un contenido que hay que enseñar. La *ratio* elabora los principios y la práctica de una organización de los estudios, fuertemente influenciada por la pedagogía de los Ejercicios Espirituales. En 1832 se intentó poner al día el texto de 1599, pero esta *ratio* revisada no tuvo mucho éxito en la restaurada Compañía. Habrá que esperar prácticamente hasta diciembre de 1986 para encontrar en las famosas “Características de la educación jesuítica” las orientaciones pedagógicas principales, parecidas a las del comienzo, pero renovadas a la luz de la educación

de nuestra época y bajo el signo de una enseñanza escolar severamente sometida a regímenes y reglamentos y ampliamente inspirada por diversas culturas e ideologías.

Todavía hoy tiene interés hacer caer en la cuenta de la importancia que la *ratio* da al axioma según el cual un ser humano no puede alcanzar el estatus de adulto, sea en el terreno que sea, sin la intervención de otras personas, también adultas. Dicho de otra manera, nadie llega a madurar o a crecer sin la ayuda de otro. Este axioma se aplica tanto a la enseñanza, entendida como transmisión de saberes, como al aprendizaje como educación para saber hacer y a la iniciación como acceso a un saber vivir. Ciertamente la *ratio* de 1599 no conoce nuestros problemas educativos modernos. Concede a la enseñanza una prioridad casi absoluta. Como resultado de todo esto, al menos a primera vista, se produce una ausencia casi total de espacio para un itinerario educativo, es decir, de introducción a las dimensiones simbólicas de la existencia en las que se expresa el sentido de la vida. Pero bien sabemos que de hecho es imposible separar la enseñanza como transmisión de saberes de esta iniciación a la vida que toda educación, cualquiera que sea, comporta.

El educador que entra hoy día en una institución de enseñanza constata que, por una parte, no tiene en sus manos el poder de iniciar a la vida y, al mismo tiempo, no puede evitar plantearse esta cuestión. ¿Cómo le va a ser posible no interesarse por los jóvenes y no ayudarles a crecer, sabiendo que la iniciación a la vida de estos jóvenes se hará también a través de la confrontación con sus profesores y con la educación? Si es así, entonces, ¿cómo procurar evitar excederse en su papel? ¿Hasta dónde se puede llegar para no ir demasiado lejos?

Mensaje y mensajero

EN realidad no es posible enseñar de una forma absolutamente neutra o puramente objetiva. De hecho todas las materias, todas las disciplinas afirman o cuestionan algunos de los valores predominantes en la sociedad moderna. La justicia y la injusticia, la solidaridad y la compasión, la protección del medio ambiente y la acogida de los que son diferentes, son otros tantos valores o retos que el educador no podrá esquivar si quiere mirar más allá de lo puramente superficial para llegar a lo más profundo. Por mucha reserva e imparcialidad que se quiera tener, todo tiene sus problemas. Un profesor que se contente con comunicar saberes

¿puede hacer abstracción de los valores que este saber engloba? No hay mensaje sin mensajero. ¿Puede haber mensajero sin mensaje? Este desafío va más allá de las cualidades personales del educador, por indiscutibles que sean. Ciertamente la atención y la dedicación imprimirán en la educación rasgos positivos. Pero en definitiva no eludirán ese reto que consiste en iniciar a la vida por medio de la propia enseñanza y el aprendizaje.

Cuando se le preguntó qué es lo que esperaba de los adultos, un antiguo alumno de la Escuela Superior de Agricultura de Purpan respondió: «Lo que espero de los adultos, lo que deben ser, lo sintetizaría así: que sean sabios. Esto quiere decir: que posean un cierto saber o hacer saber y lo transmitan con gusto. Que sean ejemplos a imitar, modelos de vida creíbles, que me permitan formarme transmitiéndome, mediante la adquisición de una cultura general, su saber y experiencia. Pero esto no es todo. De ellos espero también una formación humana. Que sean encarnaciones realistas. No sé quién es el que decía: Dios mío, ¡qué buena tiene que ser su religión cuando él es tan bueno!»

Esta reacción corresponde exactamente a las ideas de las «Características» de la educación ignaciana sobre la manera de ser educador a finales de este siglo XX. Los *Ejercicios Espirituales* y la *ratio* se dan como punto de partida el convencimiento de que la maduración y el desarrollo de la vida no pertenecen exclusivamente al orden del saber sino que brotan de la experiencia. Esta experiencia, aun vivida en familia o en sociedad, sigue siendo algo rigurosamente personal. En cuanto tal es imposible rehacerla o repetirla tal cual. Siempre será única y nueva. Partiendo de esta constatación, los Ejercicios Espirituales se proponen ante todo como una práctica en el Espíritu y, en las instituciones escolares, la educación ignaciana tiene como objetivo preferencial el aprendizaje por medio de métodos activos. Es de suma importancia en este camino la relectura del camino recorrido, la preocupación por salir a buscar de nuevo, con aquel con quien se está formando, lo esencial de lo que él debe hacer suyo propio. Según el espíritu de la *ratio*, el que enseña no prepara su curso magistral o su *lectio*, sino que con una *prae-lectio* prepara a los alumnos para los ejercicios que hay que hacer. Resulta llamativo constatar cómo en los Ejercicios Espirituales el predicador debe contentarse con algunas indicaciones para que el ejercitante pueda meditar por sí mismo los misterios de la vida de Cristo y cómo, según la *ratio*, el maestro debe contentarse con exponer lo esencial para estimular así la actividad personal del alumno. Esta prioridad que se da al ejercicio pretende suscitar en el alumno el espíritu de iniciativa, la creatividad y la responsabilidad en su propia educación. Normalmente esta actividad también le debe suscitar el deseo de

estudiar, descubrir y desarrollar sus capacidades, el deseo de madurar y progresar. Una frase célebre de la *ratio* expresa de forma lapidaria y pragmática este pensamiento: «No es suficiente que los alumnos, por medio de su trabajo, se conviertan en sabios. Es necesario llevarlos a querer trabajar y a querer ser sabios».

El verdadero sentido del «magis»

TODA esta pedagogía ignaciana está transida de un dinamismo que se apoya en un optimismo, sostenido a su vez por una fe en la obra del Creador y Salvador, actuante en todo ser humano y en toda cosa creada. Este optimismo, que brota de la convicción de que la educación realiza su ardua tarea en sinergia con el plan de Dios, se manifiesta en la pasión que la *ratio* tiene por el progreso. La persona humana nunca será suficientemente humana, la sociedad humana siempre tendrá necesidad de ser más justa. Y sea cual sea el sistema educativo, aun el mejor sentirá la necesidad de un ajuste o una reforma. Como en el libro de los Ejercicios Espirituales, abundan en la *ratio* comparativos intensos, ya sean incitaciones a progresar o, sobre todo, el famoso *magis* («más»). Estos adverbios de tal forma marcan el discurso de la educación ignaciana que corren el peligro de no ser sino slogans, como los gritos de guerra que tradicionalmente se lanzan para caldear los corazones desanimados.

Sin embargo, el verdadero sentido del *magis* es sobre todo el de excluir todo tipo de adquisición pasiva, toda complacencia con un sistema educativo, si es que existiera, que favoreciera la inercia y la pereza. Contentarse con una memorización mecánica, detenerse en los meros procedimientos mnemotécnicos para aprobar los exámenes, todo esto son actitudes incompatibles con el *magis* porque fácilmente podrían impedir la movilización de toda la persona la cual sin duda tendrá que trabajar más pero, en definitiva, será educada mejor. Esto no significa que en la educación ignaciana no tenga ya cabida el estar impuesto en lo esencial del tema de que se trate o una cabeza bien amueblada de conocimientos. Pero entonces deberán entrar en un dinamismo que integre también la imaginación y las fuerzas psíquicas, las emociones y las intuiciones, la inteligencia y la memoria.

Esta insistencia en el *magis* ha podido dar a veces la impresión de que la *ratio* era elitista. En tiempos de Ignacio la enseñanza, que todavía no era obligatoria, podía ser gratuita y ofrecerse a todos cuantos tuviesen capacidad para ello. En nuestros colegios, los nuevos estratos de la sociedad adquieren

competencia para contribuir a la transformación de su mundo. El fin pretendido era la formación de una elite, pero para hacerla capaz de servir a la Iglesia y a la nación. En estas perspectivas, la educación ignaciana hoy ya no será elitista pero se orientará a la calidad o, mejor, a la excelencia, una excelencia que a veces se identifica demasiado rápidamente con el nivel descolante del centro escolar, confirmado por brillantes resultados en los exámenes. Sin despreciar la búsqueda del éxito escolar, la excelencia pretende sobre todo, en la prosecución de ese *magis*, el mayor desarrollo posible de la capacidad y cualidades de que cada uno ha sido dotado, no para el propio provecho egoísta sino para desarrollarlas lo más posible al servicio de los demás..

Respetar las diferencias

EDUCCIÓN de toda la persona, elite y excelencia. La preocupación es siempre por la persona y ésta tal y como realmente es. Como los *Ejercicios Espirituales* se ingenian para llegar a tocar al ser humano en su verdad, para que así el encuentro con el Señor sea auténtico, también la *ratio* contempla al alumno no como en teoría se querría que fuese o en un sueño idealista, sino tal y como es en su condición actual. La libertad que reinaba en los colegios de antaño permitía no imponer a nadie una enseñanza superior a sus fuerzas y permitía a unos la posibilidad de prolongar los estudios, mientras que a otros se les franqueaba el acceso a una etapa nueva.

Extremadamente sensible a las necesidades de cada uno la pedagogía ignaciana considera la diversidad de las cualidades como un enriquecimiento y de ninguna manera como una injusticia, como manifiestamente sucede en tantas discriminaciones. En los *Ejercicios Espirituales* Ignacio acepta de buen grado que treinta días de oración puedan ser demasiado poco para algunos y que dos días de meditación quizá sean ya demasiado para otros. Del mismo modo, la *ratio* de 1599 no parece contemplar alumnos retrasados o excluidos. Cada uno podía desarrollar al máximo sus aptitudes y sus talentos. Alcanzado este máximo el alumno se marchaba, fuese cual fuese el número de años previsto para un curso completo.

La imposibilidad práctica de mantener este respeto del ritmo de cada uno en un marco altamente personalizado requiere con todo dos observaciones. Si lo particular ya no se impone hoy como antes, el colectivo lo hace demasiado. La sociedad moderna ofrece a los educadores una generación muy trabajada por los descubrimientos de la tecnología en todos los campos,

por los medios de comunicación, angustiada por un porvenir sumamente incierto y perturbada por el fracaso de un conjunto de valores e ideales. Sería ilusorio pretender que esta generación sea distinta de como es. En el espíritu de la *ratio* hay que aceptar a esta generación tal como es, lo cual supondrá un inevitable trastorno del habitual planteamiento pedagógico.

Por otra parte, la facilidad con que la *ratio* acoge en toda su diversidad a los educandos no parece ser el rasgo dominante de nuestra cultura contemporánea. Oficialmente la diferencia en relación a lo que se considera normal debería poder ser integrada en una estructura de pacífica coexistencia basada en el ideal de reciprocidad y en la idea de tolerancia. En realidad en todos los campos y hasta en el de la educación va creciendo una especie de negativa a tolerar todo cuanto se aparte de la norma y un rechazo de las diferencias, ejemplificado en tantas palabras terminadas en «ismo» de las cuales el «racismo» será siempre la figura más ignominiosa. Y sin embargo el marco de vida socio-política se va haciendo cada vez más planetario y preparamos a las generaciones jóvenes para que vivan en países que serán muy dependientes unos de otros, hasta convertirse en una *aldea global*. La *ratio* intenta respetar y favorecer la diferencia, integrándola positivamente en un conjunto humano armonioso, a imagen y semejanza de la Trinidad. La *ratio* rechaza en cambio que cuanto no parezca conforme a la moda o al buen tono, cuanto es extraño o extranjero, conduzca a una discriminación y a una exclusión.

La «cura personalis»

CADA vez que hemos subrayado un rasgo de las características de la pedagogía ignaciana, nos hemos encontrado con la atención que se da a la persona. En efecto, lo que durante siglos ha sido el gran atractivo de la educación ignaciana es la *cura personalis*, el cuidado de la persona, de la personalidad.

Si la *cura personalis* se puede realizar, según las diversas culturas, de muchas maneras sin embargo presupone siempre la convicción de que el otro tiene necesidad de una ayuda gratuita y estimulante para poder pasar del estadio de niño al de persona libre y solidaria. Los jesuitas creían profundamente en esta *cura personalis* hasta el punto de abandonar a veces la predicación a las muchedumbres para dar preferencia a la conversación espiritual de persona a persona. Por eso mismo el retiro destinado a un grupo numeroso ha tenido que hacer sitio hoy al retiro con acompañamiento personal, aunque esto exija un número importante de animadores. En la mayor parte de

las instituciones educativas, resulta relativamente raro que el personal esté en situación de asegurar esta *cura personalis*, por no hablar de las limitaciones impuestas por los reglamentos y los horarios. Pero ya la *ratio* invitaba a los alumnos a una participación activa en su propia educación. «Los niños comprenden lo que les explican sus compañeros con mayor facilidad que lo que les explican sus profesores» constata la *ratio*, ofreciendo así otra forma de asumir, de manera activa y responsable, un camino educativo que es difícil de recorrer si no hay *cura personalis*.

La participación de los seglares

ENCONTRAMOS aquí, en los reglamentos de los primeros colegio, una alusión a la cooperación de los seglares en la *cura personalis*, por ejemplo en los antiguos estatutos del colegio germánico. Con todo generalmente está reservada a los jesuitas y la participación de los alumnos venía facilitada por un régimen de internado que era prácticamente obligatorio. Todavía hoy algunos piensan que el tiempo de la *ratio* ya ha pasado definitivamente puesto que ya no se puede contar con la presencia física de un jesuita en cada clase y porque los alumnos ya no pasan las 24 horas del día en un ambiente jesuítico, en el cual el seglar no era sino un suplente. En esta perspectiva, la disminución del número de jesuitas y el aumento correspondiente del número de seglares les parece la peor solución, imposible de evitar. La Compañía de Jesús ha necesitado un cierto tiempo para descubrir que este asumir la responsabilidad —que no el poder— en las instituciones de jesuitas estaba en la línea de lo que el Espíritu ha dicho a la Iglesia a través del Vaticano II. Este optimismo encuentra así su fuerza en la experiencia positiva que en muchos lugares del mundo los jesuitas han hecho de esta estrecha colaboración creciente que hace que centros iniciados, organizados, desarrollados y mantenidos en su mayoría por jesuitas, vayan debiendo cada vez más su dinamismo, su responsabilidad y su gestión a la participación de los seglares que, en número creciente, se van comprometiendo y que si lo desean y en función de su propia vocación, forman la «comunidad educativa» según las características de la educación ignaciana.

La reciente Congregación General resume sucintamente lo que serán las tareas de los jesuitas en un próximo futuro: en primer lugar, el servicio que la Compañía puede ofrecer a los seglares para facilitar su trabajo educativo. Además, la formación recíproca de seglares y de jesuitas en un plano de ver-

dadera colaboración igualitaria (*«partenariat»*) Y finalmente el mutuo apoyo en la preparación del futuro. En concreto la Compañía, comprometida con esta aventura prometedora, pone a disposición de esta estrecha colaboración todo lo que la Compañía es y ha recibido: la espiritualidad ignaciana, que respeta la propia espiritualidad de cada uno y se adapta a las necesidades actuales: la sabiduría pedagógica, aprendida después de más de cuatro siglos de experiencia apostólica. De esta forma se va realizando cada vez más el ideal según el cual todos cuantos están comprometidos con una obra común, ejercen una auténtica corresponsabilidad. La Congregación General 34, reunida en Roma en 1995, determinó así su decisión:

«La colaboración con el laicado es a la vez un elemento constitutivo de nuestro modo de proceder y una gracia que pide una renovación personal, comunitaria e institucional. Nos invita al servicio del ministerio de los laicos, a compartir con ellos la misión, a crear formas de cooperación. El Espíritu nos está llamando, en cuanto "hombres para y con los demás", a compartir con el laicado lo que creemos, somos y tenemos en creativa hermandad para "ayuda de las almas y la mayor gloria de Dios"» (Decreto 13, n. 26)

A pesar de tantas sospechas y tantas críticas en torno al papel que un educador juega o debe jugar, a pesar de una desvalorización bastante penosa de su status social, de su credibilidad y a veces incluso de su utilidad, sigue siendo verdad que, como ya dijo un jesuita del siglo XVI, *puerilis institutio est mundi renovatio*: educar a la juventud es construir un mundo nuevo.